

IDEAS

5

SOBRE

LA ÉTICA, O ES TRANSFIGURACIÓN O NO
ES NADA

Alfonso López Quintás (autor)

Álvaro Abellán García-Barrio

María Ángeles Almacellas Bernadó

José Andrés-Gallego

Salvador Antuñano Alea

Luis Aranguren Gonzalo

Luis Aymá González

José Luis Caballero Bono

Teresa Cid Vázquez

Josep Maria Coll

Urbano Ferrer Santos

Santiago García Echevarría

Sonia González Iglesias

Carlos Granados García

Juan José Muñoz García

Aquilino Polaino-Lorente

Ángel Sánchez-Palencia Martí

Ninfa Watt

© José Andrés-Gallego
www.joseandresgallego.com

Portada: Edurne A. Urtasun
edurne.a.urtasun@gmail.com

Depósito legal M-33894-2016

INTRODUCCIÓN

que encierra, su nervio creativo, así como su gran fe en las posibilidades de la persona humana y en particular de los jóvenes. Un hombre que, por su posición social como académico, podría conformarse con anquilosarse en la vanagloria de la reputación, sigue poniendo todas sus energías al servicio de una humanidad mejor. Desde aquí queremos recordar a su secretaria, Amelia Córdoba de la Torre, que le ha ayudado durante tantos años como insustituible adláter: a ella está dedicado este libro de ética. Y también queremos, una vez más, declarar que la plasticidad de los conceptos, la rica gama de aplicaciones en el terreno estético de que da cuenta el libro, la variedad y vitalidad de los ejemplos, convierten al método lúdico-ambital de Alfonso López Quintás en un deseable medio educativo para nuestra escuela secundaria, amén de una fuente de sugerencias para el profesorado universitario de filosofía, historia del arte o literatura. Un método que, tal como se aprecia cuando se profundiza en él, lleva consigo su propia didáctica. Esperamos con expectación el libro sobre Dios que nos ha anunciado el querido profesor y educador.

UN MÉTODO FORMATIVO POR VÍA DE DESCUBRIMIENTO

Teresa Cid Vázquez¹

En primer lugar, quisiera agradecer a la Biblioteca de Autores Cristianos la cuidada edición que nos ofrece de esta magnífica obra, *La ética o es transfiguración o no es nada*, y felicitar al autor por haberla escrito. Ciertamente, no soy especialista en su larga y fecundísima obra, ni discípula directa, pero me considero deudora de su magisterio, pues en él descubro una profunda sintonía con mis maestros.

La lectura del libro que hoy presentamos me recordó las palabras que pronunció Benedicto XVI en el discurso ante el Parlamento federal alemán (22-9-2011), en el que comparaba la razón positivista —que solo es capaz de percibir aquello que es funcional— con los edificios de cemento armado *sin ventanas*, en los que somos nosotros

¹ Profesora de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales. Universidad San Pablo CEU.

quienes configuramos el ambiente y la luz, sin querer recibir ambas cosas del mundo creado por Dios. Benedicto XVI nos urgía a «volver a *abrir las ventanas*, para ver nuevamente la inmensidad del mundo —el cielo y la tierra— y aprender a usar todo esto de modo justo».

A mi juicio, es lo que hace magistralmente el profesor López Quintás en esta obra: no se limita a abrir las ventanas, sino que nos muestra cómo ser luz para los demás. Según escribe en el prólogo, con ella quiere mostrar las inmensas posibilidades de que disponemos para crecer y alcanzar altas cotas de plenitud y felicidad. Y lo hace *por vía de descubrimiento*, no de mera enseñanza, de modo que el lector advierta, con solo iniciar el camino, que cobra energía para seguir animoso la marcha.

De la mano del autor, que nos acompaña paso a paso, sin prisa, y nos hace sentir su cercanía, deleitándonos a veces con detalladas explicaciones, enriquecidas con citas muy sabias de grandes maestros, o bellísimos recuerdos personales, sobre todo de su infancia y de su magisterio como profesor, vamos descubriendo que crecer como personas —alcanzar la madurez humana— implica una serie de *transfiguraciones*, que consisten en una transformación a mejor, es decir, suponen una subida de nivel.

Y es que para desarrollarnos como personas debemos liberarnos de la fascinación de los objetos, que se sitúan en el nivel 1, una liberación que acontece cuando subimos al nivel 2 —el nivel del encuentro— y al nivel 3, el de la opción por el ideal de unidad, la verdad, la belleza, la bondad y la justicia. Las realidades de cada nivel exigen una actitud ajustada a su rango. Esta exigencia no la imponemos nosotros, la descubrimos.

La clave está en distinguir bien los diferentes niveles de realidad y de conducta y conocer la lógica propia de cada uno de ellos. Es el gran propósito de este libro, que desea perfeccionar lo ya realizado en obras anteriores, según nos confiesa el autor (2014, 159). Al ascender del nivel 1 a los niveles superiores, vemos cómo ganamos en flexibilidad mental, en capacidad de precisar los conceptos y ampliar nuestro horizonte espiritual. Conocer la lógica de los tres primeros niveles positivos es adentrarnos en el interior de la vida ética, es decir, en el proceso de nuestro desarrollo como personas.

En este proceso, vemos que el mundo está integrado por *ámbitos* (un ámbito es una fuente de posibilidades creativas) más que por meras cosas. Por eso no lo construimos, lo configuramos (2014, 640). Nos advierte el autor que para conocer los ámbitos y transmitir a otros ese conocimiento no basta enseñarlos; hemos de *vivirlos* al realizar *experiencias reversibles*, que es donde los ámbitos muestran toda su potencia creativa, por cuanto nos exigen subir de nivel, es decir, transfigurarnos (2014, 632).

Seguimos así un camino ascendente, que integra experiencias de conocimiento y transformación, de cultivo de los valores y práctica de las virtudes. El proceso de crecimiento no se limita a recorrer un camino; supone ir logrando *metas*. Y éstas operan sobre nosotros como una fuente de energía renovada, que nos permite abordar con ilusión la etapa siguiente. Irradian energía porque suponen una *transfiguración*.

La forma de transfiguración básica en nuestra existencia humana consiste en convertir la *libertad para vivir aisladamente en libertad para crear formas elevadas de vida comunitaria*. Y es que la transfiguración solo se da en el

encuentro personal, en el *nosotros*, que no es la suma del yo y el tú, sino la integración transfiguradora de ambos. El nosotros tiene un carácter *originario*, que nos recuerda el poder creativo del hombre en su proceso de desarrollo. La persona crece y se realiza creando vida comunitaria.

Compartir la vida y enriquecerla es el empeño de los niveles superiores, es decir, del nivel antropológico-ético, el axiológico y el teológico, en los que no vivimos por el afán de *poseer* sino de *ser*. Según el profesor López Quintás, conocer la lógica de los cuatro niveles positivos es como «una *ventana* que nos abre un horizonte luminoso y fecundo: vincular y articular la filosofía dialógica y la filosofía del ser» (2014, 236). Para ello sigue un método lúdico-ambiental, basado en un pensamiento relacional que supera tanto el subjetivismo como el objetivismo, posibilitando el desarrollo ético, que se centra en descubrir las experiencias reversibles (bilaterales, participativas, interactivas, relacionales) que culminan en la experiencia de encuentro y permiten descubrir el ideal de la unidad.

Los ideales no son meras ideas o conceptos, sino nuestro verdadero elemento vital en el que desplegamos nuestras mejores potencias, pues de ellos nos viene la inspiración, el impulso para el logro de una vida plena. A la luz del ideal de la unidad, es posible adquirir las condiciones que confieren a nuestra vida toda su excelencia: libertad creativa, plenitud de sentido, creatividad, actitud relacional, conversión del lenguaje en vehículo de encuentro, ascenso extático a lo mejor de nosotros mismos, desarrollo equilibrado de la afectividad.

El libro, dividido en cuatro partes, consta de diecisiete capítulos. Quisiera detenerme brevemente en el capítulo 5, dedicado al poder transfigurador del lenguaje, en el que

establece una analogía entre el lenguaje y la luz. Como sabemos, desde los albores de la filosofía griega, la belleza viene hermanada con la luz. Una luminosidad que presenta dos vertientes: la luz del conocimiento y el esplendor de la belleza. La luz es una realidad poderosa, pero no se aferra a su grandeza, no la impone; la usa para fundar un ámbito de relucencia en el que las realidades físicas pueden aparecer en todo su esplendor. Así es la palabra (2014, 234). El lenguaje se parece a la luz, no se impone directamente, se revela al hacer que resplandezcan multitud de seres que sin ella se perderían en las tinieblas (2014, 176). En el lenguaje se acrecienta el sentido pues entevera diversos ámbitos, y esto genera luz.

«Un profesor que vive la filosofía como un proceso de crecimiento personal –escribe López Quintás– expone a los alumnos diversas ideas bien articuladas entre sí para que descubran por propia experiencia que la madurez ética la ganamos progresando en el conocimiento de nuestro ser y realizando las transfiguraciones que ese conocimiento nos exige. Tales ideas se interrelacionan, se iluminan entre sí, crean entre los alumnos un ámbito de convivencia en la verdad, siempre que ellos participen del *campo de luz* que les abre el profesor. Ese campo los envuelve a todos –a ellos y al profesor–, en cuanto les da posibilidades de crecer y actuar con sentido. Entonces descubren con Marcel que “la intersubjetividad es vivir juntos en la luz” » (2014, 233).

Las palabras, cuando son auténticas y desbordan sentido, actúan como una *morada*; son, según Heidegger, la *casa del ser*. Por ser moradas, se cargan de emoción especial y la mantienen a lo largo del tiempo. Así le ocurrió al profesor López Quintás.

«Cuando a mis doce años —escribe— abandoné la casa paterna para ir al colegio donde estudié las humanidades, mi madre —mujer de pocas palabras, pero esenciales—, me dijo al tiempo que me besaba: “¡Sé bueno!”. Estas dos palabras, sencillas y bien conocidas, se grabaron en mi interior para siempre, como *dos fuentes de luz*... Como mi viaje respondía a una llamada religiosa, me movía a la vez en los cuatro niveles positivos. De mayor recorrí medio mundo, y esa minúscula frase me sirvió de norte para orientar mis pasos» (2014, 198).

Por tanto, el lenguaje es fuente de luz porque es vehículo del encuentro, hace presente el pasado de modo sorprendentemente fecundo. Hace presente lo ausente, ilumina su sentido, permite la comunicación profunda, incluso con personas muy lejanas en el espacio y en el tiempo.

Si me lo permite don Alfonso, quisiera terminar con otra anécdota que enlaza con las palabras de Benedicto XVI:

«Recuerdo que, de niño, *abría al amanecer la ventana* de mi dormitorio y, a veces, veía la ría de Ferrol en estado de gloria. Los colores brillaban en una atmósfera bañada por la lluvia reciente. Numerosos balandros lucían sus altas velas al sol naciente. Y algún buque de guerra se alzaba majestuoso en el centro. Ante esta vista, solía exclamar espontáneamente: “¡Qué bonita está hoy la ría...!”².

Y, seguidamente, hace una observación de alto calado:

«Si me preguntara alguien en aquel momento qué es la belleza, no sabría responder. Pero estaba absolutamente seguro de que había hablado bien;

² Cf. La ética o es transfiguración o no es nada, o.c., 165.

efectivamente, no cabía duda de que la ría estaba radiante. Y ya sabemos que desde antiguo la belleza viene hermanada con la luz, el resplandor, la iluminación, la manifestación patente de algo bien ordenado y configurado. Yo no sabía explicar entonces en qué consiste la belleza, cómo se define, cuáles son sus características. Pero supe vincular certeramente el estado de un paisaje natural con el valor de la belleza *merced a la mediación impagable del lenguaje*. Aunque no conozcamos a perfección el sentido de los vocablos y cómo se han matizado al hilo de la historia, el lenguaje nos sumerge de forma enigmática en el mundo de la comunicación. Ensancha nuestra capacidad expresiva, amplía nuestro campo de acción y nos permite movernos con libertad en nuestro entorno vital. Es un fenómeno semejante, en su grandeza, al hecho expresivo de la sonrisa, que tanto más nos impresiona cuanto más lo analizamos³.

Así discurre este sugestivo libro, entrelazando bellamente experiencias vitales con reflexiones luminosas.

Don Alfonso nació, al igual que yo, en una tierra bellísima, sin duda, pero, sobre todo, nació en un hogar familiar *con raíces* —la raíz es siempre el amor— y *con ventanas*, por eso pudo responder a la llamada a descubrir la belleza en todas las dimensiones de la existencia humana. En esta obra, cuya lectura les recomiendo vivamente, nos propone una *ética de la transfiguración* y, por tanto, de la admiración y el asombro, pero también del compromiso, de la solidaridad y la participación. Y lo hace con la sabiduría y sencillez de un gran maestro, testigo de lo que enseña.

³ Cf. o.c., 165-6.